



## Los dos mundos

**E**l viento, como un animal herido, ruge levantando olas gigantes capaces de tragarse de un sólo bocado el acantilado, y roza con sus afilados dientes de agua helada, las paredes del castillo.

En la tercera planta, una ventana tiembla a la luz de las velas. Una sombra se recorta contra los cristales. Es la sombra de una criatura flaca como un fleco que levanta las manos al cielo. Son manos enormes, con dedos larguísimos..., la punta de la nariz casi le roza la barbilla. Nadie puede imaginar la escena que sucede ahí dentro.

En la habitación más fría y desangelada del castillo, un unicornio blanco yace sobre el suelo retorciéndose entre espasmos de dolor. La tenebrosa asesina de los sueños, celebra su victoria.

— ¡He vencido! Toda tu familia está muerta y dentro de muy poco, tú también lo estarás. ¿Acaso pensabas que podías huir de mí? ¡Iluso! Soy Ignorencia Negrurias, la matadora de sueños. ¡Jajajajaja!

El unicornio intentó moverse pero una fuerza invisible se lo impidió.

— No tienes suficiente valor para enfrentarme, pobre príncipe de los sueños perdidos. ¿Sabes por qué no puedes levantarte? ¡Porque eres un cobarde! Mientras te lamentas por tu mala suerte, la humanidad está a mi merced. El universo es mío, y tú no puedes hacer nada porque no tienes fe en ti mismo; jajajaja, te he robado la fe, los colores... ¡Ya no sirves para nada! ¡Soy la mejor! ¡LA MEJOR!

De pronto, un silencio profundo devora todos los sonidos de aquella noche oscura. El silencio crece... Una luz ciega las tinieblas iluminándolas. Recorta los contornos del castillo contra el negror de la noche. Abajo, el cementerio se convierte en un enorme lago de barro. El silencio no deja de crecer y de pronto, un trueno quiebra con roncospasmos la noche oscura, haciendo temblar los cimientos de la tierra que devora las lápidas de cuatro tumbas.

—¡NOOO!— el grito de Ignorencia Negrurias traspasa el mudo asombro de la oscuridad. Intenta llegar hasta la vara de almendro que le da poder, pero ya es tarde.

Una silueta flota sobre las cuatro tumbas, señalando con su bastón hacia la ventana de la tercera planta. La Dama Blanca ha venido a rescatarle.

—Sim, levántate — retumba la voz de la criatura blanca—. Te lo ordeno.

Sim, el unicornio que ha sido despojado de sus bienes más preciados, hace un enorme esfuerzo por ponerse en pie pero le fallan las patas y cae desmayado.

— Sim, eres el último de tu casta. ¡LUCHA! — insiste la voz.

Ignorencia Negrurias ríe a carcajadas. La luz le impide terminar su trabajo. Mientras aquella infame vieja esté sobre la tumba de sus ancestros, no podrá ejercer su magia, sin embargo...

— ¿Le pides a este llorica enclenque que luche? Jajajaja. Anda, bobo, lucha. Jajajaja. Demuéstrale a la gran Ilenkayé de qué estás hecho. Jajajaja.

La luz se intensifica dentro de la habitación envolviendo en una cúpula transparente al unicornio.

— Lucha, hijo de la casta bendita. Si no lo haces, todos moriremos contigo. ¡LUCHA!

Sim, buscó en su interior una razón para luchar. Una excusa para no dejarse morir de pena... y la encontró creciendo en su interior. Una rabia profunda, fuerte, tenaz, se fue apoderando de él a medida que Ignorencia describía entre risas, la manera en que había exterminado a sus padres, a sus tíos... a toda su familia alada.

Con el dolor furioso subiéndole por las patas, se levantó, y antes de que la bruja pudiera darse cuenta, le dio una coz tan fuerte que la dejó vuelta de cabeza en una esquina de la habitación. Decidido a darle su merecido, Sim buscaba la mejor manera de terminar con aquella criatura infernal.

— Olvida la venganza. Sal de ahí, Sim —. Retumbó la voz de la dama blanca— Tienes que recuperar lo que te han robado y reestablecer el orden en el universo. Déjala. Ya tendrá su merecido cuando llegue el momento. Ahora, márchate sin mirar atrás. Márchate mientras puedas.

Sim, dudó. Su dolor era tan fuerte como la ira que había invadido su alma; no quería irse sin acabar con la bruja. No podía hacerlo. Tenía que vengar a los suyos, tenía que...

El sonido del bastón de Ilenkayé golpeando contra la losa de una tumba hizo que Sim, saliera de su trance de ira. De un salto atravesó la ventana y huyó a todo galope de aquellas tierras sin mirar atrás.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, Ilenkayé se desvaneció en la noche.

— ¡Maldición de los agujeros negros! ¡Esto no quedará así! ¡Lo juro por los tres pelos del diablo, que esto no acaba aquí!

Los gritos de Ignorencia despertaron a los muertos, pero ya era tarde. Sim, había escapado.



— ¡Ginés, haz el favor de comer! Llevas toda la cena revolviendo la comida en el plato.

— No me gustan las espinacas, no me gusta la carne. Quiero pizza.

— O te comes lo que hay en el plato o te vas a la cama sin cenar, ¿Entendido?

— Me da igual, no tengo hambre.

— Pues te quedarás sin leer.

— ¡No puedes prohibirme leer!

— Si, puedo y lo haré. Desde este momento quedan confiscados todos los libros del tal *Santisteban, el corsario sanguinario*.

— ¡Pero Mamá! Las madres obligan a leer, no lo prohíben. ¿Es que no te has enterado?



Desde que había descubierto los libros del Corsario Sanguinario, a Ginés ya no le importaba que le prohibieran jugar con la playstation. Podía pasar sin ella un par de horas, y hasta tres o cuatro. Incluso un día. Pero dormirse sin leer una sola frase del corsario, era imposible.

No es que Ginés fuera un lector de esos que se comen los libros. No. A Ginés lo que le gustaba leer eran las aventuras de *Santisteban, el corsario sanguinario*. Nada más. Le gustaba leer antes de irse a la cama porque después soñaba que era él el protagonista del libro y entonces, era un verdadero y temible pirata de los siete mares. Invencible, listo, burlón, pendenciero y capaz de comer sólo lo que le gustaba. Y a Santisteban le gustaban las pizzas, como a él.

— ¡Catalina! ¡Cómo vas a prohibirle leer! — protestó el padre de Ginés.

— Nada, o comes o no vuelves a ver tus libros hasta que vayas a la universidad — insistió la madre.

— Déjalo mujer. No ves el escándalo que estáis haciendo. ¡Son las diez de la noche! Hace una hora que está frente a esas espinacas.

— ¿Y? O come o se acabaron los libros. Que lea los del colegio, que ésos sí que no los toca en todo el año.

— Porque son aburridos, má. Leo lo que me gusta, no lo que me mandan leer.

— ¡Siempre quieres hacer lo que se te antoja! ¡Estoy cansada! — gritó su madre —. Vete a la cama. ¡Vete!

Ginés levantó los hombros y se fue a la cama cuidando de patear todo lo que encontraba en su camino. Incluso al gato, que le lanzó un zarpazo.

Si su madre sabía que odiaba las espinacas — se preguntaba—, por qué tenía esa manía de cocinarlas una vez por semana... ¡Qué pesada!

Mientras fue al baño, se lavó los dientes y se puso el pijama, su madre se llevó del dormitorio todos los ejemplares de su libro favorito. Ginés sabía lo que estaba sucediendo en su habitación, pero no protestó. Se acostó y esperó.

Cuando sus padres se durmieron (lo supo al escuchar el primer ronquido de su padre y el soplido entrecortado de su madre), metió la mano debajo del colchón y sacó el último ejemplar de Santisteban. Solía esconder el libro que estaba leyendo por si su madre quería castigarlo dejándolo sin lectura. Sobre todo los días que había espinacas para cenar. Su madre era muy predecible.

Como todas las madres. Cuando él no comía, primero lo intentaba convencer de las maravillosas propiedades de aquellas cosas verdes que se amontonaban en su plato. Luego, lo amenazaba con que se quedaría toda la noche frente al plato sin moverse; y más tarde, le gritaba que no se saldría con la suya; hasta que, finalmente, lo mandaba a la cama sin comer y le confiscaba sus libros (algunas madres incluso prohíben ver la tele, jugar con la playstation, o cualquier otra cosa que les guste mucho a sus hijos, para castigarlos).

La madre de Ginés era de las que cumplía sus amenazas, al menos por unas horas. Después se olvidaba de las espinacas y todo volvía a la normalidad hasta la semana siguiente. Nada de qué preocuparse, pensaba Ginés. Mañana cuando me mande a barrer el patio y no lo haga, me prohibirá jugar a la play o me dejará sin ver tele... y se olvidará de los libros. Seguro.

Colocó la pinza de su linterna para leer en la página correcta, se cubrió con el edredón, la encendió, y sin perder más tiempo, se puso a leer.